

nan en el país no constituyan patrimonio de una minoría, sino que reviertan en bien de la comunidad» (Allende, 30 diciembre 1970). Con esta estatización, que los funcionarios del nuevo Gobierno han diferenciado de la nacionalización, los Bancos seguirán funcionando según sus estatutos y tradiciones, aunque bajo el control estatal. La medida afectará a 19 Bancos chilenos (12 de ellos con sede en Santiago y siete regionales), mientras que los cinco Bancos extranjeros que actúan en Chile operarán bajo un estatuto especial (A. F. P., 30 diciembre 1970). Con estos últimos, el Gobierno tratará —dijo Allende— de llegar a un modus vivendi con ellos, «que permita salvaguardar los intereses del país».

El Estado adquirirá la propiedad de las acciones de los Bancos estatizados pagando los primeros 10.000 escudos de acciones en certificados de ahorro, inmediatamente liquidables, y el resto se hará efectivo en un plazo comprendido entre los dos y los quince años. Además de garantizar «las conquistas ya conseguidas» por los empleados bancarios, toda una serie de medidas —reducción de las tasas máximas de interés, establecimiento de tipos de interés inferiores para determinadas actividades, redistribución del crédito a sectores marginados hasta ahora, descentralización regional del mismo, etcétera— impedirán que los monopolios acaparen el crédito y que «los pocos privilegiados de siempre» sigan usufructuándolo.

En general, la estatización de la Banca no ha sorprendido, pues desde hace tiempo venía siendo objeto de lo que algunos círculos calificaban como «campaña de descrédito», si bien esta «campaña» no era otra cosa que la descripción pura y simple de su estructura y actividades. Aunque en Chile no ocurre lo que en otros países capitalistas en los que la Banca Privada constituye el verdadero centro de poder económico, los Bancos «responden directamente a los intereses de los grandes grupos» (Pedro Vuskovic, «Diagnóstico de una economía») y han favorecido —junto con las compañías de seguros— la concentración de los monopolios que, lógicamente, fueron los principales beneficiarios del crédito. (En 1967, por ejemplo, el 2,7 por ciento de los deudores disponía del 58 por 100 del volumen total de crédito, 37 deudores solamente dispusieron del 23 por 100 del crédito.)

Nacionalización de la industria del cobre y de la minería del carbón

Hasta ahora, y a pesar de que se había prometido que las empresas y capitales serían objeto de severos controles, e incluso de nacionalizaciones, las medidas sobre la inversión extranjera han sido más bien moderadas, si bien ya se haya

empezado a poner término a la dependencia exterior, en especial de Estados Unidos, cuyas inversiones se elevan a unos 1.000 millones de dólares, mediante el inicio del proceso de nacionalización del cobre. La nacionalización de esta actividad es fundamental para Chile, pues supone —de manera destacada— el principal capítulo de las exportaciones y, por tanto, de sus ingresos del exterior.

Ciertamente, el proceso de nacionalización ha sido facilitado por la política de «chilenización» (compra de la mayoría de las acciones) emprendida por el anterior Gobierno, pero la «escalada» actual no deja de tener una significativa trascendencia.

Otro acontecimiento importante, en este aspecto, ha sido el anuncio hecho por el Presidente Allende —31 de diciembre— de estatizar la Compañía de Carbón Lota-Schwager, que producía el 50 por 100 del carbón chileno. La Corporación de Fomento (CORFO), el INI chileno, se hace cargo de la Lota-Schwager, «una empresa agonizante, con incapacidad de capital, de trabajo, sin capacidad financiera de desarrollo, con una acumulación de deudas cada día mayor, con disminución de los niveles de producción y productividad», lo que significaba «incertidumbre y desesperanza» para las 15.000 familias de los mineros que trabajaban en ellas (Allende, 31 diciembre 1970).

Un camino difícil

Todo este conjunto de medidas, adoptadas según la línea programática de Unidad Popular, han producido ya una dinámica de cambios que, se estima, servirán de base a un desarrollo auténticamente nacional. Evidentemente, la experiencia chilena será seguida con intenso interés por todo el mundo. No se nos oculta que será difícil y estará plagada de peligros de toda índole —entre los que no se puede excluir el mismo atentado personal—, hasta tal punto que casi nadie se extrañaría de que la experiencia chilena «se quedara en el camino». En todo caso, como ha señalado el propio Presidente Allende, «el nuevo Gobierno se enfrenta con esta inmensa responsabilidad: o establece los caminos concretos para realizar estas auténticas aspiraciones proyectándose en el futuro, en libertad y con un sentido nacional, o condena al país a un nuevo confusiónismo ideológico con grave riesgo de la unidad nacional, y lesiona definitivamente las inmensas posibilidades de desarrollo del país». Las realizaciones y los resultados concretos nos dirán en su día si, como se pretende, se trata de una nueva vía capaz de iniciar el proceso de construcción del socialismo en Chile. Hasta ahora, los pasos que se han dado son ciertamente importantes; para grandes masas de la población la utopía comienza lentamente a convertirse en realidad. ■ A. L. M.



LA ESCASEZ DE PERSONAJES

WASHINGTON.—Los Estados Unidos están sufriendo su más aguda escasez de entrevistas por radio y televisión desde hace veinte años.

La razón de esto es que en tanto que tales programas se han venido multiplicando por miles, la gente que aparece en ellos se ha gastado. En 1960 había 250 personas interesantes disponibles para cada programa; diez años más tarde hay 250 programas tratando de entrevistar a la misma persona.

Las cosas se han puesto tan mal que un profesor que escribió un libro sobre los hábitos sexuales de las larvas de carcinoma fue recientemente secuestrado frente al programa "Hoy", en Nueva York, y llevado en avión a California, donde fue obligado a participar en un programa.

Dos famosas presentadoras de programas que se dan a altas horas de la noche tuvieron un desafío de tirarse del pelo en un salón de belleza, por un autor que acaba de publicar un libro sobre las cejas postizas.

Para evitar una guerra total entre los presentadores, se convocó una reunión secreta en la granja de Johnny Carson, en los montes Adirondacks, de Nueva York. Limosines negros, con las ventanas tapadas, estuvieron llegando con dos minutos de intervalo y de ellos salieron tan importantes dignatarios de la televisión como David Frost, Dick Cavett, Mike Douglas, Hugh Downs, Bárbara Walters, Virginia Graham, Irv Kup y David Susskind. Cada uno trajo al productor de su programa y al "coordinador de talento", para su propia protección, pero los empleados de Carson hicieron que todos dejaran en la puerta sus apuntadores eléctricos. Carson fue al grano inmediatamente, diciendo:

—Todos sabemos por qué estamos aquí. Hay una crisis en las entrevistas por televisión y, a menos que hallemos una solución, terminaremos haciendo todos anuncios por el café Maxwell House.

—Cierto —dijo Mike Douglas—, mi jefe en Filadelfia dice que a menos que se acuerde alguna manera de compartir las pocas figuras importantes que quedan por aparecer en nuestros programas, su programa terminará.

—¿Así están las cosas? —exclamó Virginia Graham—. Bueno, nosotros, los de la costa californiana, estamos ya cansados de que ustedes amenacen con traernos sus programas del Éste y apoderarse de todos nuestros personajes.

—Está bien, Ginny —dijo Merv Griffin—. Si ustedes invaden nuestro territorio, nosotros invadiremos el suyo.

David Frost dijo:

—No llegaremos a ninguna parte con recriminaciones. Según veo las cosas, no importa lo que hagamos, ya hemos utilizado a todos los que cantan, a todos los cómicos, autores y políticos que prometen en los próximos dos años. Para entonces se presentaría una nueva cosecha, pero no podemos esperar. Lo que sugiero es que cada uno se ofrezca como voluntario para cubrir la brecha, presentándose en los demás programas. Después de todo, nosotros somos más interesantes que los individuos a quienes entrevistamos.

—Estoy de acuerdo con David —manifestó Dick Cavett—, pero me parece que el público entraría en sospechas si comenzamos a aparecer cada uno en los otros programas sin una buena razón.

—¿Por qué no escribimos libros? Entonces tendríamos una razón legítima para aparecer en otro programa —sugirió Susskind.

Y Carson contestó:

—Usted sabe que no tenemos tiempo para escribir libros.

Frost dijo:

—Pero suponga que reunimos textos de nuestras entrevistas, ¿no constituirían un libro?

—Por supuesto —dijo Bárbara Walters—. Entonces no podrían criticarnos por aparecer en los otros programas.

Y así se decidió que cada presentador de televisión reunirá los textos de las mejores entrevistas que haya tenido en su programa; esto podría significar un total de 345 libros.

A medida que los limosines negros salieron de la granja de Carson, la policía estatal, que había recibido un informe anónimo sobre la reunión, apareció en el sitio. Pero, desafortunadamente, los participantes se habían ido ya...

(Copyright 1971, The Washington Post Co.—Distribuida por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)